

cos confirman la condena a la hoguera y agregan la confiscación de los bienes; lo mismo hace Felipe II. Los españoles extienden la represión hasta los homosexuales del Nuevo Mundo. En el Río de la Plata, esta práctica en los nativos los condena a ser devorados por perros amaestrados.

Con la Revolución Francesa, la homosexualidad deja de considerarse un pecado, aunque vuelve a ser un crimen para el nazismo y el estalinismo. «El nazismo plantea con claridad su propósito familiarista, patriarcal y monogámico, la defensa del machismo y el sometimiento de la mujer a su «destino de madre» (pág. 37). Elimina un número no preciso de inculpados, cuya cifra oscila de 200.000 a 50.000. Estas víctimas no interesan ni a los soviéticos ni a los aliados. Desde 1934, en Rusia se condenan los actos homosexuales con penas que van de 3 a 8 años de cárcel y desde «1972 el gobierno castrista considera a los homosexuales como enfermos, asociales, proxenetes. A muchos se los destituye de sus ocupaciones y a no pocos se los priva de su libertad» (pág. 40).

Después de la muerte de Franco, los homosexuales españoles, en función del liberalismo imperante plantean sus reivindicaciones. Pero todavía hoy, no han alcanzado status legal y por supuesto no se los acepta en los órganos de gobierno, educación, instituciones eclesiásticas, ejército, magistratura, policía, etc. Sólo han logrado que la presión social y cultural sea más leve y sutil.

Pero, ¿cuál es la razón de estas persecuciones? Todo sistema que funcione en base a la explotación de sus miembros necesita para mantenerse, la producción (reproducción en cadena) de nuevos individuos estandarizados, es decir, destinados y programados para la productividad y la obediencia. «Es por ello que todos los actos privados y sociales, ya sean el fútbol o las vacaciones, el amor o la alimentación, resultan ser actos que cumplen una función política» (pág. 44).

Ningún criterio científico autoriza a sobrevalorar la heterosexualidad por encima de la homosexualidad. Ambas son variables individuales, manifestaciones legítimas en la medida en que satisfacen tendencias y necesidades.

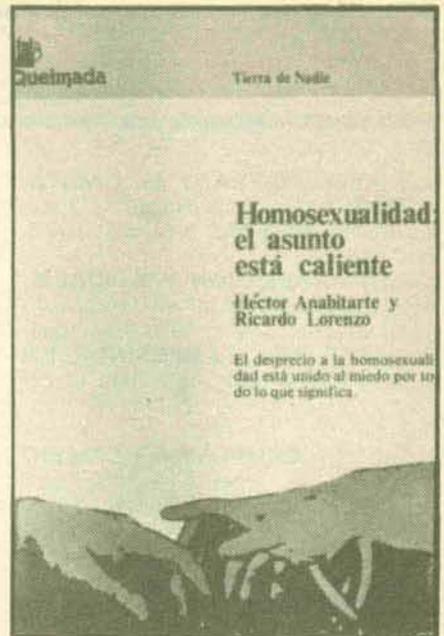
La cultura oficial es predominantemente fálica; jerarquiza al varón sobre la mujer, a quien se identifica con la carencia de pene, es decir,

en sentido negativo. Por eso las relaciones «normales» se basan en la concepción de un ser superior y activo que debe gozar y un ser inferior, pasivo, que debe favorecer el placer de su señor. Toda articulación heterosexual supone un órgano privilegiado que debe satisfacerse y desahogarse. La mujer se defiende, instintiva e inconscientemente en muchos casos, cayendo en la frigidez porque no se resigna a ser únicamente objeto. En la pareja tradicional hay un propietario y un bien o propiedad. Las típicas cualidades femeninas coinciden con las que debe poseer un instrumento o un animal doméstico: docilidad, fidelidad, limpieza; arreglo (ya que sirve también para el adorno) y alegría. Al homosexual masculino se lo desprecia porque pertenece a lo superior (los hombres), pero se rebaja a lo inferior (las mujeres), «no se le otorgan opciones, ya que se lo ha condicionado para que su homosexualidad lleve al afeminamiento. No existe, para la cultura machista, el homosexual que conserve su estado viril... La internalización de este modelo, en casos extremos, devasta al homosexual hasta el punto de que su virilidad le resulta incompatible consigo mismo: el «partenaire» es, entonces, el «macho», y él, es la «hembra»...» (pág. 59).

El hombre que desea a otro hombre, se identifica con lo femenino sólo porque la sociedad ha estereotipado los roles; de esta manera tiene modelos de conducta en los cuales basarse. En la mujer se da un proceso similar, pero de sentido inverso. La superación de estos encasillamientos es difícil si no imposible, aun en el caso en que se posea una ideología crítica y liberadora.

La familia se constituye como organización social patriarcal y monogámica para asegurar la perdurabilidad de la propiedad privada y de la mano de obra barata. Tiene por ello una función esencial en el mantenimiento del sistema. Ha subsistido sin apenas modificaciones gracias a la opresión de un sexo por el otro y al valor de los hijos, el tratamiento de su futuro, como si consistieran en ganado.

En esta época superindustrializada y consumidora se dan condiciones de modificación y apertura; algunos síntomas se vislumbran en los países llamados «adelantados», donde el divorcio, las relaciones prematrimoniales, homosexuales, etc. son aceptadas y legalizadas. «Será, y es, en los países socialistas deseosos de desarrollar sus fuerzas económicas y militares al



nivel de las de Occidente, y en los países del Tercer Mundo, sumergidos en el atraso y la dependencia, en donde toda experiencia alternativa será reprimida sistemáticamente. En ellos, tanto en el campo socialista como en el mundo emergente, la célula básica tiene aún un papel a cumplir» (pág. 81).

El capítulo dedicado a la vejez del homosexual cobra valor especial. Si ser viejo, ya de por sí, es una descalificación en lo sexual, en lo familiar, en lo laboral y por ende en lo económico, en el caso de los homosexuales es aún más angustioso. El viejo que busca un contacto resulta grotesco y, salvo en el caso de que tenga dinero, no logra más que burlas y desprecios. Esta es una época de valoración de lo juvenil (no necesariamente de la juventud) y los homosexuales también caen en la trampa. Dicen amar la belleza y ésta se caracteriza como joven; de este modo viven atados (un miedo más) por su propia fugacidad. Sin embargo, la ciencia ha demostrado que la posibilidad y capacidad de relaciones satisfactorias en la mal llamada «tercera edad» no es una excepción; su carencia o escasez es otra de las responsabilidades de esta sociedad castradora.

En síntesis: se trata de una obra clara y directa, que denuncia errores, atropellos y crímenes históricos; que propone temas de análisis y aun de discusión al lector honesto. Los autores toman partido por una postura liberadora y reivindicativa de la actividad afectivo-sexual en todas sus variantes. Una lectura desprejuiciada, atenta y comprensiva de las líneas aquí trazadas resultará enriquecedora. ■
MARIA VICTORIA REYZABAL